

Morpheoppium

Estoy acostado, de medio lado, en la dura colchoneta, rodeado de extraños cómplices, anónimas copias de mí mismo, persiguiendo lo mismo que yo persigo. Una chupada más de la pequeña pipa de cedro y las imágenes y los viejos fantasmas regresan en una peregrinación tumultuosa al principio, que remansa en caras deformadas por un opaco cristal granulado. Empujo, pero el cristal no se abre, no está sujeto a nada, sin goznes ni bisagras, ni enmarcado siquiera. Acerco la cara para ver mejor y el cristal se diluye mojándome el pelo, dejándome un rastro de gotas pendiente de mi nariz y que caen acompasadamente ondulando el charco formado, enturbiando los rostros que de mí se ríen socarronamente. Un coche pasa a toda velocidad y me salpica con el agua del charco que yo he formado. Me miro para observar las manchas y no aprecio otra cosa que mi cuerpo desnudo, y la serpiente que cuelga trata de morderme levantándose furiosa. Lucho con ella en una defensa desesperada y los dos caemos por una pendiente que nos arrastra a la enorme curvatura que forma la espalda y el trasero de una escultural mujer que toma el sol, echada boca abajo. En nuestro forcejeo no reparamos en su desnudez ni tampoco en su movimiento. Caemos por un costado y quedamos tendidos e inmóviles, agarrados intensamente a un seno todavía convulso y agitado. Por fin una mano nos separa delicadamente, con una suavidad que vuelve a turbarme y me inunda con una sensación húmeda e inquietante. Un hombro se desplaza y una cadera gira al tiempo que cae un reguerito de fina arena blanquecina. La sombra de una gaviota pasa por encima de mí, recubriendo cada esquina, cada centímetro de mi cuerpo. La escultural mujer ha desaparecido, levanto la cabeza y veo alejarse dos gaviotas volando muy juntas a ras de agua, dejando estelas plateadas que me recuerdan las cintas blancas de un traje de novia. Un vapor toca su sirena en la lejanía del horizonte y me marchó por la orilla esquivando las olas como si de enemigos se tratase. Un cangrejo sale de la arena e intenta cogerme con una de

sus pinzas, le doy con el pie y sale proyectado por el aire cayendo entre dos rocas situadas en medio de la arena.

Me remuevo en el sitio y doy otra chupada a la pipa, que ya medio apagada me cede muy poco humo, humo que tanto necesito, humo que sale de las rocas cuya arena que piso me quema la planta de los pies. Meto los pies en el agua, pero también está caliente. Alguien se mueve a mi izquierda, no sé a que distancia y trato de calcularla con los ojos guiñados. Aparece un borrón que se mueve aumentando de tamaño. Lo hace con soltura, afirmando con este gesto que, el mismo, es un hecho cotidiano. Un rostro amarillo aparece en la cúspide de la masa informe en la que se distingue una larga hilera de botones. Se inclina y me dice suavemente que he terminado. Asiento con la cabeza y le pido que me traiga un poco más. El servicial chino se aleja silenciosamente después de hacer un gesto amable pero indiferente.

Mi evasión regresa con el hombre amarillo que con una breve inclinación se agacha y me rellena la pipa. Me ofrece fuego con una larga cerilla de madera y aspiro el humo profundamente, llenando y satisfaciendo mis ávidos pulmones. Lo expiro suavemente y doy otra impaciente chupada. Entre la bruma del humo la figura del chino se va diluyendo hasta que al clarear la nube se perfila de nuevo con un matiz desconocido. La china retira la cerilla de la cazoleta, la lleva hasta sus labios y la apaga de un soprido. Se incorpora lentamente y, después de mirarme con una sonrisa fugaz, se desabrocha el kimono de seda que cae resbalando por su cuerpo hacia el suelo, dejando a mi vista unas curvas que se perfilan como leves ondulaciones amarillas. Las mismas que he recorrido cientos de veces con mi imaginación, en el desierto en el que el agente secreto que leía en mi infancia desarrollaba siempre sus misiones. Las mismas que me produjeron tanta sed en solitario y aún acompañado. Las mismas que ahora se transforman en las angulosas esquinas de una enorme caldera que me opriime y me abrasa, aumentando la temperatura hasta que, en una terrible explosión, me desplaza en convulsiones rítmicas hacia esa casa solitaria que, inexorablemente, me persigue. La casa me muestra su hogar y yo aspiro el humo de su interior, lo siento pasar por mi garganta que grita intentando impedir la soledad. El agotamiento deja paso a un escalofrío que intento remediar acercándome a la chimenea. Los troncos arden levantando virutas mezcla de aire y de bruma. La bruma se lleva mi chimenea entre temblores de frío y aparece

el amable chino con una vieja manta de cuadros rojos y azules. La tiende sobre mí y llego a observar como la reina es comida por un vulgar peón en el inmenso tablero de ajedrez en el que me encuentro. Una mano gigantesca aparece y la retira inmisericorde a mis sufrimientos. Los ojos se me irritan de repente y me despierto bruscamente, cubierto con la vieja manta de cuadros rojos y azules y con lágrimas resbalándose por el rostro.

Aspiro de nuevo con fuerza, el humo calienta mis pulmones y regresa la languidez inicial, esos efectos de laxitud previa a la primera imagen. El brazo pierde fuerza, la mano cae sobre el dorso dejando resbalar entre los dedos la hermosa pipa de cedro; de esta brota una delgada columnilla de humo que la hace desaparecer y que la invierte, haciéndola de mujer desesperada que trata en vano de asirse a la mía. A mi vez trato de agarrarla, pero mi esfuerzo y el resultado están en proporción inversa y la veo alejarse entremezclada con el grito angustioso que sale de su rostro desesperado. Me inclino haciendo un último esfuerzo y alcanzo solo a observar su hermoso cuerpo dando grotescas vueltas sobre si, hacia un oscuro e inesperado abismo. El abismo me engulle y a medida que me deslizo por el aire la espesa negrura clarea hacia tonos más ocres, terminando en los más arenosos del inevitable y desolador desierto en el que me encuentro acostado. La oscuridad y el frío atieren mis músculos y, temblando, rodeo las piernas con los brazos. Brazos temblorosos de la escultural mujer que pide auxilio en este recóndito y olvidado desierto que forman los baldosines rojos y azules de la chimenea. He perdido mi reina. La implacable vida apremia mi fin.